

LOS ESTUDIOS FOLKLORICOS Y EL FOLKLORE MUSICAL EN CHILE

P O R

Eugenio Pereira Salas

Antes que el folklore se organizara en Chile como una disciplina científica, empezaron las tentativas para captar aspectos sociológicos que pudieran definir la idiosincrasia nacional conforme al principio romántico del *Volksgeist*, el alma del pueblo.

Este material disperso puede encontrarse en los géneros literarios que a partir del romanticismo fueron cultivados, con especial deleite por nuestros escritores. Son ellos, en primer lugar, el *costumbrismo* que tiene una genealogía brillante; arranca de la producción de Jotabeche y se continúa, hasta nuestros días, a través de Daniel Riquelme, Ruiz Aldea y Joaquín Díaz Garcés. Al género pueden incorporarse los novelistas que como Alberto Blest Gana y Daniel Barros Grez, han descrito tipos y costumbres tradicionales, y algunos autores teatrales, entre otros Román Vial y Juan Rafael Allende.

En segundo lugar, vienen (no intentamos ni una valorización ni una clasificación) los *memorialistas*: Vicente Pérez Rosales y José Zapiola son los más representativos. Por último, los cultivadores del género *tradición* a que diera vida americana Ricardo Palma. Como ejemplos apuntaremos los nombres de Manuel Concha y Justo Abel Rosales.

Un segundo paso hacia adelante observamos en la obra de los filólogos e historiadores. En la filología, la tarea de recoger el cuerpo folklórico gramatical, da un valor incomparable al «Diccionario de Chilenismos» de Zorobabel Rodríguez (1875), y al «Diccionario de Chilenismos», de Pbo. Manuel Antonio Román, empresa de aliento realizada entre 1909 y 1918.

En la historia literaria, el Dr. Adolfo Valderrama incluyó en su «Bosquejo histórico de la poesía chilena» (1865), interesantes datos sobre la poesía popular, recogidos unos y recreados los otros, por el ignorado cultor de ese género, Aníbal Aranís. Mención especial debe hacerse de don Benjamín Vicuña Mackenna. A la vigorosa personalidad del autor de la «Historia de Santiago» pueden aplicarse las palabras de un crítico francés, escritas en homenaje a Michelet: «no creo que haya antes de él un historiador a propósito de quien pueda pronunciarse la palabra folklore». Abundan los materiales en la fecunda labor de Vicuña Mackenna, y tienen relación más estrecha con esta disciplina sus artículos. «Algunos proverbios, refranes, motes y dichos nacionales» (1878-1879) que reu-

niera en utilísimo volumen el Director de la Biblioteca Severín de Valparaíso, señor Roberto Hernández (1).

Mucho hay de valor en los autores y libros citados para el estudio del folklore, pero falta todavía la intención de hacerlo y la seguridad de trabajar en un terreno delimitado y preciso. Esta etapa se cumple alrededor de 1894, en que advertimos en Chile la voz folklore con su connotación precisa en la pluma de Lenz y de Hanssen. La palabra había sido acuñada por el arqueólogo inglés William J. Thoms, y principió a circular el 22 de Agosto de 1846, en las páginas de la revista «The Atheneum». El grupo inicial de la empresa Gomme, Lang y Tyler dió vida en 1878 a la «London Folklore Society». En 1889 se celebró en París el primer Congreso Internacional de Folklore. La ciencia quedó así constituida, aunque todavía se seguían empleando las voces literatura popular, tradiciones populares, Volkskunde para designar el campo de las investigaciones. En España triunfó la voz folklore tanto en las agrupaciones catalanas de 1876 como en el Folklore Riojano, de 1884, el Folklore Andaluz, y Folklore Castellano, de 1883 (2).

Precursor de estos estudios en Chile fué don Eduardo de la Barra. Desde Argentina, en las horas amargas del destierro a raíz de la caída de Balmaceda, escribió, a propósito de los señeros estudios de «Introducción al estudio del lenguaje vulgar de Chile», del eminente filólogo don Rodolfo Lenz, una carta editada en Rosario en 1894, en que hace algunas proféticas consideraciones sobre el asunto.

«¡Por qué—escribía—en vez de perdernos en pequeños esfuerzos aislados como el estudio de la lengua huasa, no fundamos desde luego el *Folklore Chileno*? No tardarían en seguirnos sociedades análogas nacidas en toda América, y al alborear el siglo nuevo podría celebrarse un *Congreso Folklorista Americano*, sumamente interesante para el conocimiento de lo que es nuestro pueblo».

Proponía, además, un programa de trabajos que abarcaba: 1. Conocimiento de la lengua primitiva y acopio de documentos a ella relativos. 2. Lengua actual del pueblo, señalando sus vicios y el origen de sus neologismos. 3. Colección de modismos, refranes y adivinanzas del pueblo. 4. Cuentos populares, consejas, corridos, canciones y cantares. 5. Tonadas populares, música y baile. 6. Diversiones populares. 7. Trajes peculiares que se han usado; hábitos y costumbres especiales. 8. Estudios sobre la raza indígena del lugar.

Por último, insinuaba la idea de realizar una especie de mapa folklórico de Chile cuyos centros principales debían ser: «El de Atacama y Coquimbo, con datos especiales sobre los Changos de

(1) Interesantes indicaciones generales sobre el problema en Chile se encuentran en la monografía de Guillermo Rojas Carrasco: «Filología Chilena». Guía Bibliográfica y Crítica. Ed. de la Universidad de Chile. Stgo. 1940; sobre la literatura en general consúltese Raúl Silva Castro: «Fuentes Bibliográficas para el estudio de la literatura chilena». Prensas de la Universidad de Chile. 1933.

(2) *Ralph S. Boggs* «Latin American Folklore awaits conquistadores» (University of Miami). *Hispanic American Studies*. Nov. 1939. Trae una sucinta historia del folklore. pp. 152-165 con utilísimas indicaciones.

la costa de Paposo. El de Chile Central, sobre todo en su parte campesina, sin descuidar la urbana, ni la montaña ni la marina. Entre el Maipo y el Maule está el corazón de la huasería. De Chillán a Concepción se extendería el tercer centro, siendo de advertir que en aquella comarca, netamente araucana, se pronuncia mejor y con más finura que en la región huasa de Santiago a Cauquenes. En Concepción se radicaría el estudio del araucano, sin perjuicio de constituir el centro de ultra Bío-Bío. Valdivia y Llanquihue tienen caracteres dignos de estudio, y sobre todo Chiloé, de raza indígena diferente, donde debe establecerse un centro especial folklorista.

El primer centro de estudios que haya tenido actividad científica destacada, fué el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

La cátedra del Dr. Rodolfo Lenz pasó a ser el núcleo de inspiración. Los trabajos del maestro, sus profundos conocimientos en el ramo y la dedicación que a ellos prestó, hizo surgir una generación de folkloristas que forman la base de los estudios posteriores.

La extensión que habían adquirido estas investigaciones llevaron al Dr. Lenz a fundar, en 1909, la «Sociedad de Folklore Chileno de Santiago de Chile», la primera—según mi entender—creada en Hispano-América.

Se reunió por primera vez el 18 de Julio de ese año en una de las salas del Instituto Pedagógico, bajo el patrocinio del Director del establecimiento, don Domingo Amunátegui Solar y concurren a la sesión el doctor Lenz y los señores Julio Vicuña Cifuentes, Ramón Laval, Agustín Cannobio, Eliodoro Flores, Ricardo E. Latcham, Enrique Blanchard-Chessi, Antonio Orrego Barros, Maximiano Flores y Francisco Zapata Lillo.

El 1.º de Agosto, fué presentado el proyecto de estatutos que recibió la aprobación de los socios el 15 del mismo mes. Más o menos un año y medio después de la fundación, se daban a la imprenta los primeros trabajos, todos los cuales habían sido leídos en las sesiones celebradas entre el 1.º de Agosto de 1909 y el 20 de Marzo de 1910. El órgano de la Sociedad se intituló «Revista de Folklore Chileno».

El programa de trabajos que se había fijado la Sociedad, y que redactó el profesor Lenz, comprende las siguientes secciones:

1.—*Literatura* a) Poesía (Romances, corridos, décimas, cuecas, tonadas, cantos de ocasión, teoría y práctica de los cantores populares).

b) Prosa (Cuento de hadas, casos de brujería, cuentos y tradiciones míticas, cuentos jocosos, adivinanzas, proverbios).

2.—*Música y coreografía: Artes Plásticas y Ornamentales.* (Música y descripción coreográfica, instrumentos populares, formas artísticas en los utensilios de fabricación casera).

3.—*Costumbres y creencias: a)* (Fiestas y diversiones religiosas y profanas. Juegos de niños. Juegos de apuestas).

b) *Costumbres y creencias relacionadas con la vida del individuo* (Amor, pololeo, casamiento, entierros, conjuros, medicina popular, nociones sobre astronomía).

c) *La vida material del individuo en general* (Cocina popular, bebidas, construcciones, utensilios de casa).

d) *Las ocupaciones sociales y los artesanos* (Vida del labrador, vaquero, huaso, vendedores ambulantes, oficio).

4.—*El Lenguaje vulgar* (teoría del idioma, material del idioma)

(3). Alrededor de la Sociedad se agruparon los valores más significativos. Abre el camino el Dr. Rodolfo Lenz con sus «Chilenische Studien» (1891-1892), los endereza más diligentemente hacia el folklore en sus «Estudios sobre la poesía popular impresa en Santiago» (primera versión alemana de 1895), que marca el primer esfuerzo y realización de una idea fecunda. Viene después su larga bibliografía en que apuntaremos tan sólo sus «Tradiciones e ideas de los araucanos acerca de los terremotos», y sus compilaciones de «Consejas Chilenas y Cuentos de Adivinanzas Corrientes», en que ofreció modelos para futuras monografías, por el valor científico de la investigación (4).

Ya desde 1900, don Julio Vicuña, finísimo poeta, conocedor profundo de la literatura popular española, venía desentrañando los romances que la tradición oral chilena había conservado desde los tiempos de la conquista y colonización. Interesado en la búsqueda por una estragadísima versión del romance *El reconocimiento del marido*, que un alumno le llevara a su cátedra en el Pedagógico, se dió a buscar ejemplos claros, y en 1905, con ocasión de la llegada a Chile del insigne filólogo don Ramón Menéndez y Pidal, pudo ofrecerle una pequeña colección de 15 casos bien estudiados. El mismo año, para ayudar la labor de los alumnos, publicó sus «Instrucciones para recoger de la tradición oral romances populares». Fruto de su labor son sus «Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral» (1910), su «Coa, jerga de los delincuentes chilenos», y por último «Romances populares y vulgares recogidos de la tradición oral chilena», libros todos que marcan una época en la investigación folklórica de Chile, por su depurado método y la riqueza del contenido (5).

El cuento popular tuvo en don Ramón Laval su más fiel intérprete. Los «Cuentos de Pedro Urdemales» son, tal vez, la versión más completa que corre por América de las aventuras de este personaje alimentado por la imaginación del pueblo. El relato de las incidencias ha sido hecha con prolija minuciosidad, conservando todo el sabor vernáculo.

(3) Hacemos un extracto del «Ensayo de programa para estudios del folklore chileno» presentado a los miembros actuales y futuros por el Dr. Rodolfo Lenz; fué impreso junto con los estatutos en: *Programa de la Sociedad de Folklore Chileno*, Santiago. 1909. (En 1905 se había publicado una primera versión, entregada a la Facultad de Humanidades).

(4) Véase: *Bibliografía de las publicaciones científicas y pedagógicas* del Dr. Rodolfo Lenz, compilada por Roberto Vilches. *Homenaje a la memoria del Dr. R. Lenz*, Anales de la Facultad de Filosofía y Educación. Tomo II. 1938.

(5) Véase: *Don Julio Vicuña Cifuentes* (1865-1936). (Homenaje de la Biblioteca Nacional). Stgo. 1937. Apéndice: Breves apuntaciones sobre la bibliografía de don J. V. C. recogidas por Raúl Silva Castro.

Su discurso sobre «Paremiología Chilena», su «Contribución al folklore de Carahue» y «Cuentos Populares recogidos de la tradición oral», completan esta simple indicación de su aporte fundamental (6).

En las sesiones de la Sociedad leyeron trabajos un escogido grupo de intelectuales, todos ellos de figuración prominente en las letras y en el magisterio nacional. El sabio arqueólogo y etnógrafo don Ricardo E. Latcham, describió las tradicionales ceremonias de «El Santuario de Andacollo»; el Pbo. Francisco J. Cavada leyó la primera versión de su importante contribución «Chiloé y los Chilotes»; Agustín Cannobio presentó una colección de refranes chilenos; Eulogio Robles Rodríguez describió las más típicas de las costumbres y creencias araucanas; el profesor Raúl Ramírez relató algunos cuentos de la tradición colchaguina; el vibrante historiador de la cueca, Clemente Barahona Vega, presentó su ensayo sobre la Rosa y la Zamacueca en el folklore chileno; Enrique Blanchard-Chessi, evocó la pascua de antaño; Ismael Parraguez hizo oír trozos de su cancionero chileno; Maximiano Flores explicó a los socios el juego de las bolitas y otros entretenimientos infantiles; Desiderio Lizana disertó sobre la técnica de los cantores populares; Jorge Atria, Elio-doro Flores, Ramón Laval, recopilaron cuentos de adivinanzas; F. Ulloa describió el papel del corvo en el bandido nacional; León Tournier expuso los orígenes de la medicina del pueblo; Manuel Manquilef, la Sra. S. de Saunière y el misionero Félix de Augusta enviaron sendas contribuciones para el estudio del folklore araucano.

El trabajo realizado por la Sociedad fué extraordinario por su calidad e interés. Los más de ellos corren impresos en los volúmenes de la «Revista de Folklore Chileno», en los «Anales de la Universidad de Chile» y en la «Revista Chilena de Historia y Geografía» (7).

A la misma generación pertenece don Manuel Guzmán Matu-rana, el animador de Pancho Garuya, que recogió en sus «Cuentos Tradicionales de Chile» un rico material folklórico.

Esta primera generación de folkloristas dió vida a una segunda salida en su mayor parte de las aulas del Instituto Pedagógico, principalmente de las cátedras de Lenz y Vicuña Cifuentes. Entre ellos pueden citarse a la Srta. Rebeca Roman Guerrero, autora de la monografía sobre «El Folklore de la Antigua Provincia de Colchagua»; Julia Hernández Lagos, que publicó su «Contribución al Folklore de San Carlos»; Señora Ester Rivadeneira, que ha rebuscado el «Folklore de la Provincia de Bio-Bío», y las memorias publi-

(6) Véase Samuel Ossa Borne: «Don Ramón A. Laval» (1862-1929). Stgo.

(7) Para un recuento bibliográfico de la producción folklórica, consúltese a Ricardo E. Latcham: «Bibliografía Chilena de las Ciencias Antropológicas». Santiago 1915; Ralph Steele Boggs. «Bibliography of Latin American Folklore». New York, 1940. Merecen especial interés las bibliografías anuales que publica este meritorio profesor de la Universidad de North Carolina en: *Latin American Folklore* en *Handbook of Latin American Studies* y *Folklore Bibliography* (Southern Folklore Society), forman el guía más seguro de la producción intelectual en dicho campo.

cadadas recientemente por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, bajo la dirección del doctor Yolando Pino Saavedra; Srta. Cremilda Manríquez, «Contribución al Estudio del Folklore de Cautín»; Lucila Muñoz, «Estudio del Folklore de San Carlos»; Celestina Villablanca, «Folklore de Chillán»; Lucila Dufourcq, «Noticias relacionadas con el Folklore de Lebu».

Dentro del programa de trabajos presentado por el profesor Lenz, se dió mayor desarrollo a las investigaciones folklóricas -literarias: costumbres y creencias tanto en lo relacionado con la vida de la ciudad, con las ocupaciones sociales y el lenguaje vulgar.

Estos géneros se prestaron a cierto confusionismo—las líneas literaria, artística y musical llegaron a mezclarse—y por falta de metodología se produjo una desarticulación en el campo del folklore que hizo perderse muchos trabajos útiles y desanimó a muchos investigadores bien intencionados.

Por circunstancias especiales, el panorama que se perfila en la actualidad es alentador. El Dr. Yolando Pino Saavedra ha venido ofreciendo, en los Cursos de Verano de la Universidad de Chile, un curso especial de introducción a la ciencia folklórica. Sería de extraordinario interés que este curso se transformara en una sección permanente del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía, porque la versación científica del señor Pino Saavedra contribuía a depurar los métodos de investigación no siempre conformes a las severas reglas y técnicas de esta ciencia. Dentro del campo de la filología, el Dr. Rodolfo Oroz desempeña una labor de investigación folklórica de carácter erudito que presagia en sus alumnos una visión certera y científica de los problemas que abarca esta disciplina. Su labor en el Departamento de Filología y sus monografías sobre temas folklóricos son la pauta que nos guía a destacar su brillante actuación dentro de esta disciplina.

La depuración de los métodos y el entusiasmo de diversos escritores y profesores, entre ellos, Antonio Acevedo Hernández, que representa una tradición popular; Oreste Plath, el apasionado recolector de las formas verbales características de nuestro pueblo, y estudioso de las artes ornamentales de Chile Benedicto Chuaqui, que cultiva una de las líneas más curiosas de la paremiología, el aporte árabe; Juan Uribe Echeverría, que como Plath, ha hecho de Valparaíso campo de sus cuidadosas investigaciones y Ambrosio Rabanales, que une a este apasionamiento, la didáctica bebida en las clases del Dr. Rodolfo Oroz, y otros que la penuria del espacio nos obliga a descuidar, nos alienta a pensar que se está volviendo a Chile a reanimar con mayor experiencia la tradición de estos estudios.

El folklore de las artes plásticas y ornamentales tiene también en nuestros días un campo propicio de investigación en la rica colección de objetos nacionales, recogido por el profesor don Carlos E. Reed, y que forman parte del fondo folklórico del Museo de Etnología y Antropología que dirige el Dr. don Aureliano Oyarzún (8).

(8) Ver: Carlos S. Reed: «Catálogo de objetos del Folklore Chileno». Stgo. 1926.

Esta finalidad de estudio informa los estatutos del Instituto de Arte Popular de la Cooperación Intelectual. La dirección de José Perotti y las exposiciones que ha organizado el escritor Tomás Lagos, actual Director del Museo de Arte Popular del Cerro Santa Lucía, han demostrado la riqueza de esta rama del arte nacional. Un selecto número de artistas se ha reunido alrededor de este Instituto, con el fin de activar estos estudios (9). El estudio de la música folklórica ha ofrecido, en realidad, mayores dificultades y tan sólo en nuestros días su investigación ha tomado la importancia debida. La evolución metodológica ha seguido tres rutas paralelas: la recolección sobre el terreno, la investigación histórica y la investigación musicológica.

La recolección de los temas musicales populares y folklóricos tiene una relativa antigüedad. Frezier, en 1713; Aranaz, en 1793; Poeppig, en 1828; W. Frick, en 1840; Deichert, en 1860; Maud White, en 1880; Rebagliati, en 1879; Friedenthal, en 1896; Antonio Alba, en los comienzos del siglo recogieron variados fragmentos (10). Este material está a menudo desformado por armonizaciones pianísticas o instrumentales, en forma que obedecen más bien a las modalidades de la época en que fueron recogidas, que al tiempo histórico en que fueron compuestas o circularon estas canciones o bailes. Sin embargo, sirven como pauta para fijar períodos o cotejar las actuales versiones conservadas por el pueblo.

En la «Sociedad de Folklore Chileno», que dirigió el Dr. Rodolfo Lenz, se hicieron esfuerzos en este sentido. Lenz estudió la técnica de construcción de los instrumentos populares; don Ramón Laval transcribió diversos temas musicales en su «Folklore de Carahue»; don Julio Vicuña Cifuentes quizo realizar una experiencia metódica con los romances tradicionales: «cinco o seis he oído cantar—escribe—y en vano he procurado recogerlos en cilindros de fonógrafo, pues la mentecatez de las cantoras, disfrazada de vergüenza y encogimiento, nunca me permitió tomar más de dos versos: siempre un olvido disimulado, una carcajada, una excusa majadera, echaron a perder el cilindro... y vuelta a recomenzar, con idéntico resultado». Ismael Parraguez preparó un «Cancionero Chileno», premiado en un concurso de 1913, pero que todavía no conocemos, sino en contados fragmentos. Desiderio Lizana estudió las formas de actuación de los cantores tradicionales. Esta tarea la han proseguido Jorge Balmaceda, Luis Sandoval y Camila Bari de Zañartu, que no escatimaron esfuerzos para difundir en una tarea personal artística estas formas casi perdidas de la música popular.

El trabajo de los musicólogos ha sido fecundo en hallazgos. Dos movimientos podemos distinguir: el nacionalismo musical asociado a la extraordinaria figura del maestro Pedro Humberto Allen-

(9) Ver nómina de socios en: *Boletín de Cooperación Intelectual* (Año V. Abril-Septiembre, 1942); Catálogos: *Arte Popular* (1938). *Exposición Americana de Artes Populares* (1943); El escritor Sr. Tomás Lago prepara una monografía histórico-artística sobre el asunto.

(10) Ver nuestro *Inventario de la Producción Musical Chilena*, en *Los Orígenes del Arte Musical en Chile* (Publicaciones de la Universidad de Chile, 1941).

de y el indianismo o araucanismo que alcanza en la obra de Carlos Isamitt un relieve singular.

Pedro Humberto Allende fué el primero en reaccionar contra el verismo que se había entronizado en la música chilena. La renovación intentada fué hecha a base de una severa recopilación de temas nacionales que corren impresos en sus diversos artículos, entre otros, su interesante presentación al Congreso de Artes Populares de Praga, celebrado en 1931.

Entre los compositores contemporáneos—a quienes nos referiremos únicamente en su aporte metodológico al problema folklórico—merecen especial mención por su constante dedicación a estos estudios, y por la señera labor realizada, Jorge Urrutia Blondel, autor de numerosas monografías al respecto y compilador de una vasta colección de canciones vernáculas recogidas desde su infancia; Alfonso Letelier Llona, acucioso anotador del folklore de Aculeo y animador infatigable de conjuntos folklóricos campesinos; María Luisa Sepúlveda, autora del «Cancionero Chileno»; Adolfo Allende, que ha estudiado las formas tradicionales de la música del Santuario de Andacollo y la región del sur, recreando los temas o difundiéndolos activamente en su labor de organizador de conjuntos corales de estudiantes; Pablo Garrido, que en sus jiras a través del país, viene juntando, desde hace tiempo, un valioso material, en especial sobre los santuarios del norte, y Australia Acuña que ha recogido antiguas danzas.

Los estudios sobre aspectos de la música y del folklore indígena son también de extraordinario interés. Las canciones fueguinas de la colección Von Hornbostel (1917); las araucanas del Padre Felix de Augusta (1917), entre los extranjeros, las magníficas contribuciones de Carlos Lavín en la «Revue Musicale» y la «Gaceta Musical» y la dilatada y constante labor de Carlos Isamitt, que ha puesto todos sus conocimientos, y su sensibilidad musical, al servicio de esta causa científica que ha cristalizado en renovadores estudios, tales como sus «Apuntes sobre el Folklore Musical». Sus monografías de instrumentos, de danzas y canciones han transformado este campo casi desconocido en un venero de riqueza incomparable para el estudio y la inspiración (11).

La labor histórica ha contribuído a su vez a clarificar conceptos. Escribe el eminente musicólogo español Adolfo Salazar, «que la canción folklórica pervive con un lento ritmo vital, o mejor dicho, que *se conserva vivo*, lo cual deja comprender que no es susceptible de procrear. La canción folklórica no engendra tipos nuevos; puede sucederse por copia más o menos exacta de un modelo, por repetición, pero no por generación» (12).

La labor del historiador es, por lo tanto, investigar en el curso del tiempo las formas dominantes de cada época para llegar, tal

(11) Breves indicaciones bibliográficas en Gilbert: Chase, *Bibliography of Latin American Folk Music* (Washington, 1942) y bibliografías anuales de Ralph S. Boggs ya citadas.

(12) Adolfo Salazar: «Las Grandes estructuras de la Música. El templo, la escena y el Pueblo», México 1940.

vez, a los tipos primitivos o al menos definir su trayectoria y antigüedad.

Si aceptamos la clasificación del nombrado musicólogo y damos como esfera de estudios de esta ciencia, el material de antigüedad arqueológico actualmente vivo; el material creado y aprendido (transmitido) fuera de una sistematización de conocimientos; el material procedente de la invención colectiva y colaboración plural, la tarea de la historia será amplia lo mismo que la ayuda preciosa que deberá prestarle la antropología, la arqueología y la etnología.

Intentos en la línea histórica son el sabroso ensayo de Clemente Barahona Vega, «La Zamacueca y La Rosa en el Folklore Chileno» (1910), los «Estudios sobre la cueca», de Roberto Hernández (1926); la «Biografía de la Cueca», de Pablo Garrido, (1943), y nuestro libro «Los Orígenes del Arte Musical en Chile» (1941).

Merece especial atención la labor desarrollada por el musicólogo argentino Carlos Vega, que ha publicado una valiosísima monografía «Danzas y Canciones Argentinas» (B. A. 1939) y una serie de artículos complementarios en que se valorizan musical e históricamente los problemas de las formas folklóricas tradicionales. Las grandes compilaciones argentinas, entre ellas los «Cancioneros» de Juan Alfonso Carrizo, Oreste di Lulio, Draghi Lucero, ofrecen materiales incomparables que demuestran la riqueza y variedad del folklore. La colección de melodías que ha recogido tanto en Chile, Perú y la Argentina el Sr. Carlos Vega, y su discípula Sra. Isabel Aretz-Thiele, permitirán establecer el área de difusión de los diversos cancioneros (13). Pareja labor ha realizado en México, el Prof. Vicente T. Mendoza.

El trabajo que hemos venido describiendo en sus líneas generales, es un enfocamiento del problema desde ángulos diferentes. La Facultad de Bellas Artes, en especial el Decano Sr. Domingo Santa Cruz, ha trabajado activamente en la creación del Instituto de Folklore Musical que hoy centraliza los esfuerzos en este campo especializado.

Ahora, gracias a los equipos técnicos que han llegado de los Estados Unidos, el Instituto podrá desarrollar un vasto programa de investigaciones. El esfuerzo recaerá sobre la naturaleza misma del folklore musical, depurando los métodos, discriminando formas y malentendidos; organización científica de encuestas regionales para integrar el mapa folklórico, clasificación de los materiales recogidos etc.

Como puede advertirse en las líneas precedentes, existe ya una tradición bien cimentada en los estudios y el panorama que se divisa es alentador, obra de urgencia, pues el rápido tránsito hacia un tipo de vida industrial y urbano amenaza la integridad del cancionero tradicional aún sin recoger.

(13) Ver el recuento de la producción argentina realizada por el infatigable erudito Sr. Juan Alfonso Carrizo, en *Historia de la Nación Argentina*.